



IV.

LA FAMILIA.

A pesar del aspecto fantástico con que la casa se presentaba á la sencilla imaginación de los aldeanos, dentro de ella se pasaba la vida todo lo más tranquilamente que se puede pasar en el mundo. Sin embargo, el señor de Llanoverde llevaba allá en el fondo de su alma un disgusto que nublaba las pacíficas horas de su existencia. Porque á los treinta años de casado, y cuando su edad se iba acercando á los setenta, se encontraba sin más heredero que una hija única; y si el buen señor se decidió al fin á casarse, fué, ni más ni menos, que por tener un hijo que llevara su nombre.

No se podía conformar con la idea de ser el último varón de su raza, y veía interrumpida la línea recta de la familia, que, por la antigüe-

dad del origen, parecía destinada á ser eterna. Eugenia no dejaba de ser una señorita bastante seria y bastante encopetada para llevar con aire de princesa hasta la corona imperial del Celeste imperio. Esto era innegable; y pensando en ello, Llanoverde prorumpía, exclamando:

— ¡Sí, es mi hija!... Paso por eso.... Y bien: ¡una mujer!... ¿Para qué demonios sirven las mujeres? Si, más previsora que su madre, tiene hijos, serán mis nietos. Cierto; ese es el orden establecido; pero no llevarán mi nombre; el apellido de mi ilustre familia será un segundo apellido.... Nada; el cero detrás de la unidad.... ¡Oh! ¡oh! ¡oh!....

Diciendo así, golpeaba con fuerza reconcentrada su caja de rapé, pellizcaba el polvo, y absorbía con iracunda delicia el perfume del tabaco; con los dedos restantes sacudía la rizada chorrera, que caía sobre su pecho como si fuese la espuma de la camisa.

Como vemos, tenía clavados los ojos de su pensamiento en un hijo que no había nacido todavía, ni ofrecía probabilidades de nacer. Por todas partes le asaltaba la imagen fantástica de este ser imaginario; y no pudiendo darlo al olvido, se daba él á todos los diablos. La muerte le aterraba, considerándola desde el punto de vista de no poder sobrevivirse: la dificultad no presentaba solución ninguna, en atención á que

la vida le era ya inútil para conseguirla. Vivía, pues, pura y simplemente por no morir.

Por su parte, la señora de Llanoverde tenía también sus *dimes* y *diretes* consigo misma, y aunque no lo entendía la tierra, allá á sus solas solía poner el grito en el cielo, y á sorbo callado eran las madres mías. Algunas veces estaba que partía clavos. Pensaba lo mismo que su marido, solamente que lo pensaba en sentido opuesto.

¡Ya se ve! Pensaba en su hija, que, quieras que no quieras, había cumplido ya veinticinco años, y que además no debía al cielo grandes dones de belleza, y que, miel sobre hojuelas, encerrada en aquel caserón, acabaría por quedarse para vestir imágenes; y he aquí lo más triste del caso: el señor de Llanoverde estaba decidido á dejarse enterrar en el panteón de su palacio, y á esta resolución le llamaba su última voluntad testamentaria.

Ante la idea de semejante reclusión en aquel rincón de la tierra, la noble señora tocaba el cielo con las manos: y aplastando sobre la frente los rizos de su peinado, cogidos al pie de la letra de un retrato de María Luísa que tenía junto al espejo, y golpeando el suelo con su chapín de raso, exclamaba, diciendo:

— ¡Qué hombre!... ¡Qué hombre! Como se encuentra viejo, cree que ya no hay juventud

en el mundo, y aquí nos tiene sepultadas, y aquí nos tendrá hasta la consumación de los siglos. ¿Qué hemos de encontrar aquí para esta niña, que ha cumplido ya veinticinco años? En la Corte no le habría de faltar un pretendiente digno de su mano, porque al fin es nuestra única heredera. ¿En qué piensa este padre desnaturalizado? ¿Creerá que nos va á caer el novio por la chimenea?... No piensa más que en su partida de tresillo con el socarrón del escribano, el matasanos del médico y el mostrenco del boticario. ¡Mire V. qué aristocracia!... Y á este hombre, que se le pasea el alma por el cuerpo, ¡lo he hecho yo padre!...

Diciendo esto, alzaba las manos en señal de amenaza contra sí misma; mas se contenía ante la consideración del respeto monárquico, porque el más ligero atropello habría deshecho en su cabeza todo el peinado de María Luisa.

De este modo, los señores de Llanoverde andaban á la greña sin decirse una palabra; las dos procesiones iban por dentro. Casi pensando lo mismo, se encontraban divididos: la queja de ambos era análoga.

Él decía:

— Esta mujer me ha muerto, matando en mí á toda mi ascendencia. Un heredero, un hijo que pudiese llevar mi nombre y continuar el curso glorioso de la familia: he ahí todo lo que le pe-

día... ¡Ah! ¡Ni aun para eso se puede uno fiar de las mujeres!

Ella venía á decir lo mismo:

— ¡Qué quiere este hombre! (exclamaba.)
 ¡Qué quiere!... Está visto: enterrarnos vivas.... Cerrarnos las puertas del mundo, para que no tengamos que hacer sobre la tierra más que morirnos, para que no quede de nosotras ni rastro ni nombre.

Exteriormente se trataban con ceremoniosa cortesía, dispensándose uno á otro las consideraciones propias de sus respectivos rangos. Él solo se permitía golpear con la mano la caja del rapé y atascarse las narices sorbiendo, ni más ni menos que si quisiera sorberse el mundo; luego sacudía la chorrera, miraba al pecho, y no desplegaba sus labios.

Ella no había de ser menos, y fruncía la boca y arrugaba el entrecejo mordiéndose los labios. Después se encogía de hombros, y las cosas no pasaban adelante. La tempestad aparecía en el horizonte, relampagueaba un momento, y se desvanecía.

Fuera de estas ligeras nubecillas, nada oscurecía el cielo de aquella casa, de suyo silenciosa y tranquila; todo marchaba allí como una seda. Las baterías estaban cargadas hasta la boca... sí, señor; pero nunca se rompía el fuego: había paz... la paz de Europa, paz armada hasta los dientes.

Á todo esto, Eugenia tenía también su alma en su almarío, y algo debía llevar entre ceja y ceja. La expresión habitual de su fisonomía era el desdén. Todo debía verlo desde una gran altura, porque todo lo miraba por encima del hombro. La sonrisa la habría embellecido; pero, por un error de estética, se creía mejor cuanto más sería, y se dignaba sonreírse muy pocas veces.

Esta seriedad daba á sus veinticinco años el aspecto de treinta, lo cual no impedía que conservase el nombre de su primera edad, porque, lo mismo en la aldea que en la casa, no se la designaba más que con el nombre de Niña.... La Niña arriba, la Niña abajo, la Niña por todas partes; siempre la Niña. Á pesar de la impropiedad que resultaba de llamar niña á una mujer de veinte y cinco años, el uso lo había convertido en nombre propio. Y, en verdad, no había nada de infantil en la hija única de los señores de Llanoverde, porque era alta como su madre, y en todos los pormenores que marcaban el desarrollo de su persona se descubría la mujer hecha y derecha.

Al verla, podía ocurrirse la duda de si habría sido alguna vez niña, y, acaso porque no lo había sido nunca, estaba resuelto que lo fuera siempre.

La niña hablaba también sola, y tenía, como cada hijo de vecino, sus conversaciones particu-

lares consigo misma. No faltaba cierta poesía en aquel corazón de sangre azul, y, como el pájaro encerrado en la jaula, echaba sus vuelos imaginarios por los espacios que veía. No era todo idilio lo que daba vueltas en su imaginación, porque los gestos con que acompañaba sus pensamientos solían ser amenazadores.

—Bueno (se decía á sí misma). Ellos lo quieren. Yo me lavo las manos. Sí; pondrán el grito en el cielo. Bien; ¿y qué? De algo me han de servir mis veinticinco años.

Una vez puesta en el camino de estos íntimos razonamientos, proseguía diciendo:

—Ya quisiera yo que fuera un príncipe. Ese es el primer sueño de todas las mujeres; pero los señores de Llanoverde deben saber que los príncipes no viven en las aldeas. No quieren que suba; bueno; bajaré, puesto que es forzoso.

Por estas palabras, cogidas al vuelo, se comprende que estaba resignada con su destino, esto es, dispuesta á tomar las cosas como vinieran, con tal que viniesen á su gusto. El desdén habitual en la expresión de su rostro venía á ser la última trinchera en que se defendía el orgullo de su linaje. Descendía de las alturas de su estirpe con toda la rigidez de la estatua que baja del pedestal sin dejar de ser estatua.

No estaba reducida la totalidad de la familia á esas tres personas solamente. Solía aparecer

en las ventanas una cabeza rubia como el oro, dos ojos azules como el cielo, una boca risueña como la misma Primavera. Solía discurrir por las grandes habitaciones de la casa una figura de suaves contornos y graciosos movimientos, y alguna vez resonaba por las bóvedas el timbre de una voz tan dulce, que el eco se apresuraba á recoger y á repetir, como si quisiera prolongar el placer de oirla.

Bajo la sombra de los altos techos y de los espesos muros, resplandecía con esa claridad azulada con que el día se anuncia en el horizonte. Parecía la luz de la casa.

Mas por lo visto era una imagen invisible, porque podía creerse que los señores de Llanoverde no reparaban en ella. En el cuadro de la familia ocupaba el segundo término, brillando desde allí como un efecto de sol sobre una nube.



V.

UN ALMA DEL OTRO MUNDO.



UANDO el señor de Llanoverde decidió casarse, lo hizo con su cuenta y razón. Su fin, como ya sabemos, fué dar un heredero al nombre de su familia, y eligió, por lo tanto, una mujer de ilustre linaje, para que el vástago que debía continuar la vegetación del árbol genealógico de su ascendencia fuese dos veces noble. Así es que, desde el punto de vista del abolengo, los señores de Llanoverde no tenían nada que echarse en cara.

Á mayor abundamiento, la noble señora llevó al matrimonio algunos bienes de fortuna, aunque la casa de sus padres no se hallaba en muy próspero estado; pero el hermano que debía heredar la parte principal murió en un desafío, y otra hermana que le quedaba fué desposeída de

cuanto pudiera corresponderle, y arrojada de la casa de sus padres, por haber contraído un matrimonio indigno de la familia. Matrimonio desventurado y desastroso, que fué para los señores de Llanoverde miel sobre hojuelas.

Hacia ya diez años que una noche llamaron tristemente á la puerta, retumbando el golpe del aldabón en medio del silencio de la casa. ¿Quién podía ser en aquella hora y en aquella noche?... En aquella hora, porque la familia estaba ya recogida; en aquella noche, porque llovía á cántaros. El señor de Llanoverde, que acababa de acostarse, se sentó en la cama y se rascó la frente, pensando quién podría ser el importuno que llamaba á aquellas horas. Sólo al diablo le podía ocurrir hacer visitas en una noche como aquella.

—Bien (dijo). Á puerta cerrada, el diablo se vuelve.

No había concluído de pronunciar esas palabras, cuando volvió á sonar el aldabón con rumor lúgubre y lastimero.

—Ea (añadió, saltando de la cama). Aquí tenemos un alma en pena que se ha propuesto no dejarnos dormir esta noche.

Se vistió apresuradamente, con la doble impaciencia de la curiosidad y de la cólera. Tomó la lámpara que ardía sobre la mesa, y se dirigió á la escalera. Los criados de la casa dormían pro-

fundamente, y no quiso despertarlos. Acaso el que llamaba sería alguno de ellos que se habría permitido la libertad de pasar media noche fuera de casa.... ¡Ah, bribón!.... Buena le esperaba.

El señor de Llanoverde bajaba la escalera meditando el castigo que debía imponerle, y llegó á la puerta, decidido á dejarlo pasar la noche al raso.

—¿Quién?— preguntó con voz iracunda.

Una voz dulce y débil contestó al otro lado de la puerta:

—Yo....: soy yo.

—¡Yo!.... (repitió sorprendido.) ¡Yo! He ahí un nombre que todos nos damos.... Yo, puede ser cualquiera, y me parece que tenemos derecho á saber á quién abrimos las puertas de nuestra casa á las doce de la noche y lloviendo á mares.

La voz preguntó con acento lastimero:

—¿No es esta la casa de los señores de Llanoverde?

—Esta.... ¡Qué duda tiene! ¿Acaso hay otra con que pueda confundirse?... Esta es la casa de los señores de Llanoverde.... Y bien: ¿qué tenemos con eso?

—¡Abrid.... abrid!—suplicó la voz en tono desfallecido.

—¡Abrid! Y ¿á quién?....

—Soy Magdalena (dijo). Soy Magdalena.

— ¡Magdalena!... ¡Magdalena!... ¡Hermoso nombre! Pero tengo una memoria tan infeliz, que no recuerdo á qué Magdalena conozco yo en el mundo.

— ¡Oh! (exclamó la voz, sollozando.) ¡Qué pronto se olvidan en el mundo los nombres de los desgraciados!...

El señor de Llanoverde no pudo oír esas palabras sin conmovirse; aunque adormecidos, guardaba en su corazón sentimientos hidalgos. La voz afligida de una mujer le pedía amparo, y su primer movimiento fué abrir de par en par la puerta.

— ¡Demonio! (se dijo conteniéndose.) Es la voz de una mujer desconocida, y la noche no está para bromas... Además, esta casa no es posada... Y ¡qué diablos! (añadió, enojado consigo mismo): no se ha de decir que la casa de Llanoverde se cierra ni al mismo demonio, si es capaz de llamar á ella!

Y diciendo y haciendo, desligó las aldabas, descorrió el cerrojo, y entreabrió el postigo de la gran puerta. Al mismo tiempo retrocedió, cerrando los ojos, porque una bocanada de aire y agua se lanzó sobre su rostro.

— ¡Soberbio! (exclamó, restregándose los párpados con la mano que le dejaba libre la lámpara.) Delicada manera de darme las buenas noches!

A estas palabras contestó un gemido, que no

parecía exhalado por pecho humano, y el señor de Llanoverde se encontró frente á frente de un fantasma negro desde los pies hasta la cabeza. Al través del manto que lo cubría, brillaban dos ojos iluminando el rostro de un cadáver; sobre el pecho se destacaban dos manos descoloridas, cruzadas como las llevaban los muertos que iban á la sepultura.

El señor de Llanoverde no creía en brujas; participaba algo de la despreocupación que empezaba entonces á extenderse, y si no era un enciclopedista hecho y derecho, la Enciclopedia era precisamente el pie de que cojeaba. Pero, ¡ya se ve!; no hay despreocupación bastante que se sobreponga á las impresiones inesperadas. Sorprendido por la presencia súbita de aquella sombra, no tuvo tiempo para pensar que no creía en apariciones, y, á pesar de su despreocupación, abrió los ojos asombrado, y se consideró delante de un espectro.

Y en medio de su asombro, advertía, por el perfil del rostro que el manto le dejaba ver, que aquella sombra de la muerte debía haber poseído en vida los más delicados encantos de la belleza. Brillaban doblemente sus ojos por el reflejo de las lágrimas, y su boca intentaba sonreír llena de gemidos y de tristeza.

Por un movimiento de la cabeza apartó el manto que cubría su frente, y dejó ver, reclinada

da sobre el hombro, la cabeza de una niña, cuyo cuerpo sostenía apoyada contra su corazón en el último esfuerzo de sus brazos desfallecidos.

— ¡Ah! (exclamó, con la trémula voz de los sollozos.) ¡No me conocen!...

Á todo esto, la señora de Llanoverde, que dormía en una habitación contigua á la de su marido, se despertó, y echándose una gran bata y cubriendo la cabeza con una cofia en sustitución del gran peinado de María Luísa, llegó hasta la escalera, deteniéndose allí, porque allí veía sin ser vista.

En aquella época, la buena señora no estaba todavía completamente segura de la fidelidad de su marido, cuya juventud había sido bastante borrascosa, según contaban malas lenguas, y aún dejaba traslucir sus antiguas inclinaciones hacia las hijas de Eva. Delante de una buena moza se le reían los huesos, porque siempre había sido muy tentado de la risa.

No sabemos si la noble señora se permitiría la debilidad de tener celos, ó era pura curiosidad la que la había impulsado á seguir á su marido. En honor de la verdad, las circunstancias del caso no eran las más á propósito para infundir sospechas de esa especie. Aquella visita á media noche podía serlo todo, menos una aventura amorosa. Pero bien: ¿qué visita era aquella?

Por de pronto, la voz que llamaba era de mu-

jer, y de mujer joven; el señor de Llanoverde se había mostrado muy solícito en bajar á abrir. Mas, ¡cómo! ¡Una cita en su propia casa!... Esto era increíble.... ¿Qué podía ser?...

La señora de Llanoverde acabó de bajar la escalera en el momento en que el fantasma descubría su semblante demacrado y pálido como la muerte. Viva ó muerta, aquella mujer era hermosa; la niña que sostenía en sus brazos indicaba que, además de hermosa, era madre, y el rostro atónito de Llanoverde reflejaba al mismo tiempo el espanto, la admiración y el asombro. ¿Sería aquella sombra una víctima de su libertinaje, que vendría en medio de la noche, como un remordimiento vivo, á pedirle cuenta del desamparo en que se hallaba?

Irguió la señora su arrogante cabeza, se cruzó de brazos, y, como un juez que interroga, miró fijamente á su marido, preguntándole:

— ¡Caballero! ¿Qué es esto?...

— Esto (le contestó) es una cosa increíble. Me parece que ha venido á visitarnos un alma del otro mundo, y todavía no sé á quién busca ni qué quiere.

Entonces la señora de Llanoverde volvió sus severos ojos al fantasma, y uniendo el desdén á la cortesía, le dijo:

— ¡Podré saber á qué plausible motivo debemos el honor de esta visita?...

— ¡Ah! (exclamó la sombra.) ¡Tú tampoco me conoces! Soy Magdalena.... Magdalena.... tu hermana Magdalena.

Al oír estas palabras, la señora de Llanoverde retrocedió por un movimiento involuntario, pintándose el enojo en su semblante, y acercándosele su marido, le dijo:

— Ya lo ves; es tu hermana.

— ¡Infeliz criatura!.... (murmuró la señora de Llanoverde.) ¡Aún vive!.... Y bien, desventurada Magdalena.... ¿qué buscas aquí? ¿Qué quieres de nosotros?

— Busco (le contestó) la sombra de tu amparo.... Un rincón en tu casa. Me veo sola en el mundo, y soy madre....

La hermana de Magdalena frunció la boca, apretando los labios, como si quisiera imponer silencio á su corazón; pero el señor de Llanoverde se adelantó, diciendo:

— Las puertas de mi casa no se cierran nunca á la desgracia. Ea, subamos. No dirás, pobre Magdalena, que no hemos bajado hasta el mismo zaguán á recibirte.... Tú (añadió, poniendo la lámpara en manos de su mujer), alumbranos.

El carácter distintivo de los caballeros del último siglo era la cortesía, más bien la galantería, y en este punto el señor de Llanoverde era un cumplido caballero. Así es que ofreció á Magdalena el brazo para subir la escalera; mas ella

no pudo aceptarlo, porque llevaba abrazada sobre su pecho á la niña dormida.

La madre y la hija fueron instaladas en el torreón de la casa que estaba deshabitado.

— ¿De dónde sales?— le preguntó la señora de Llanoverde.

— No lo sé (le contestó): casi del sepulcro. Sólo el desamparo en que quedaba mi hija, ha podido hacerme vivir.... Mi pobre Jaime, tan bueno, tan noble, tan generoso....

Su hermana la interrumpió, exclamando:

— ¡Magdalena!....

— ¡Ah! (replicó.) ¡No quieres oír su nombre!.... Perdóname: ha muerto.

Y un mundo de sollozos y un mar de lágrimas brotaron de su alma.

— Si lloras así (le advirtió), vas á despertar á esa niña. Ahora necesitas algún alimento. Voy á disponerlo.

Magdalena ahogó en el fondo de su corazón las lágrimas y los sollozos, y su hermana salió majestuosamente de la habitación en que la dejaba instalada.

Cuando el señor de Llanoverde se metía por segunda vez en la cama, golpeaba su caja de rapé, y tomaba un polvo, diciendo:

— No; por lo visto, no es un alma del otro mundo; pero, ¡qué demonio!, tampoco parece alma de este mundo en que vivimos.



VI.

BERNARDA.



AGDALENA encontró albergue en la casa de su hermana, porque al fin no hay árbol que no dé sombra; mas la pobre viuda tomaba de este hospedaje la menor parte posible. Su corazón, lleno de tristeza, no tenía más que lágrimas con que pagar el amparo que recibía, y se alejaba de la vida íntima de la familia, por no oscurecerla con el luto de su alma.

Llanoverde tenía razón al decir que no era un alma de este mundo, porque, en verdad, la palidez que cubría su rostro, la profunda tristeza de sus ojos y el aire sepulcral que envolvía toda su persona, le daban el aspecto fantástico de un muerto que anda, que respira y que vive, ó, más bien, que se le había permitido salir del sepulcro para el cumplimiento de algún fin misterioso, impenetrable á los ojos mortales.

Y era verdad: Magdalena se hallaba como sus-

pendida entre la vida y la muerte: la eternidad la llamaba al mismo tiempo que el mundo la detenía: deseaba morir, y se desgarraba su corazón al dejar la vida; y, no encuentro inconveniente en decirlo: vivía después de muerta. Del torreón en que habitaba había hecho su sepulcro.

Allí oraba, gemía y esperaba; y aun allí mismo tenía que ocultar sus lágrimas, porque los ojos de su hija no descubrieran el dolor de su alma. Allí la madre, más fuerte que la mujer, sepultaba el llanto en el corazón, animando el semblante con dulces sonrisas.

Pero la huérfana, con la ingenua perspicacia de la inocencia, le decía:

—No, no; tú lloras.

—No lloro, hija mía,—le contestaba su madre.

—Sí; tú lloras siempre.

Es, ciertamente, el sueño el amigo de los desgraciados; pero es un amigo que huye de las desgracias: no le gusta cerrar los ojos que lloran mucho: los suspiros lo espantan, y los gemidos lo ahuyentan.

La luz de la mañana sorprendía muchas veces á Magdalena despierta, sentada junto á la cama de su hija, velando el sueño con que la inocencia cerraba sus ojos á las tristes realidades de la vida. Con la cabeza inclinada sobre el rostro sonrosado de la niña, no se atrevía á besar el clavel de su boca por no despertarla, y alzando los ojos

al cielo, llenos de dolor y de esperanza, decía:

—Mientras duerme, no vive.

La figura enlutada de la madre junto á la cabeza risueña de la hija, venía á ser como el sepulcro junto á la cuna; la oscuridad de la noche que acaba, iluminada por los primeros resplandores del día que amanece; el dolor que se levanta de la tierra, contemplando á la alegría que viene del cielo.

Los niños son como los pájaros: la tristeza de la noche los duerme, y la alegría de la mañana los despierta. La hija de Magdalena se despertaba, abría sus grandes ojos azules, y miraba á su alrededor, como si viera por primera vez los objetos que la cercaban. Su memoria, interrumpida por el sueño, necesitaba evocar los recuerdos del día anterior para unirlos al día presente. Puedo decir que se encontraba delante de su vida como en presencia de una antigua amiga á quien ya no recordaba. ¿De dónde venía su alma en el momento de despertarse?...

¡Qué cosa tan natural es el sueño, y al mismo tiempo qué impenetrable!... Parece que nos asomamos al umbral de un mundo desconocido; nuestros ojos, cerrados, ven en la oscuridad; nuestros oídos, sordos, oyen en el silencio. Me permito creer que la luz de la ciencia humana no iluminará nunca este misterio.

El primer recuerdo que resucitaba en su me-

moria era el recuerdo de su madre, y, al verla, se arrojaba á su cuello, y la besaba, diciendo:

—Mi madre.... mi madre.

Otras veces, sentada Magdalena al pie de la ventana, tenía á su hija arrodillada delante de su regazo, y, con la doble paciencia de maestra y de madre, la enseñaba á leer y á rezar. La luz del sol, penetrando por la ojiva de la ventana, resplandecía sobre la rubia cabeza de la niña, formando alrededor de su frente infantil la aureola de un ángel. Con su dulce voz repetía una á una las palabras que su madre iba pronunciando, y el nombre de Dios salía de sus labios como una tierna melodía de su alma.

Después del nombre de Dios le hacía repetir el nombre de su padre: palabra triste que se exhalaba del fondo de su corazón angustiado. Apenas había nacido, y ya la muerte enlutaba sus pensamientos.

—Bernarda (le decía su madre): este nombre llévalo siempre en la memoria; pero te advierto que no lo pronuncies nunca delante de los señores de Llanoverde.

—¿No?...

—No.

—¿Por qué?....

—Porque se afligirían al oírlo.

Hacen los niños algunas veces preguntas increíbles; no se sabe qué espíritu se las inspira,

pero ello es que admiran á la experiencia y asombran á la sabiduría.

Bernarda, mirando fijamente á su madre, le preguntaba:

—¿Son buenos los señores de Llanoverde?

Magdalena, sin vacilar, le contestaba siempre:

—Sí, hija mía; son buenos, muy buenos. Á ellos les debemos el techo que nos cubre y el pan que nos alimenta, porque nosotras no poseemos nada sobre la tierra.

Ante esta respuesta se quedaba pensativa: la palabra *poseer* no encontraba sentido en la inocencia de su entendimiento. El cielo le sonreía siempre que lo miraba, la tierra se cubría ante sus ojos de frutos y de flores, su madre estaba allí para dormirla y para besarla.... ¿Qué más podía desear?... ¡Poseer! ¿Qué era poseer?... No lo entendía. En la sencillez de su inteligencia, no habían juntas la idea de poseer y la idea de morir.... Si todo es fugitivo sobre la tierra, ¿qué puede el hombre poseer en ella?...

Á las horas de comer salían la madre y la hija del cuarto que habitaban, atravesando silenciosas los largos corredores de la casa. Al verlas, cualquiera hubiera inclinado la frente con respeto ante el dolor de la madre y la inocencia de la hija. Magdalena, siempre enlutada, parecía la sombra de la muerte, llevando de la mano á los primeros albores de la vida.

moria era el recuerdo de su madre, y, al verla, se arrojaba á su cuello, y la besaba, diciendo:

—Mi madre... mi madre.

Otras veces, sentada Magdalena al pie de la ventana, tenía á su hija arrodillada delante de su regazo, y, con la doble paciencia de maestra y de madre, la enseñaba á leer y á rezar. La luz del sol, penetrando por la ojiva de la ventana, resplandecía sobre la rubia cabeza de la niña, formando alrededor de su frente infantil la aureola de un ángel. Con su dulce voz repetía una á una las palabras que su madre iba pronunciando, y el nombre de Dios salía de sus labios como una tierna melodía de su alma.

Después del nombre de Dios le hacía repetir el nombre de su padre: palabra triste que se exhalaba del fondo de su corazón angustiado. Apenas había nacido, y ya la muerte enlutaba sus pensamientos.

—Bernarda (le decía su madre): este nombre llévalo siempre en la memoria; pero te advierto que no lo pronuncies nunca delante de los señores de Llanoverde.

—¿No?...

—No.

—¿Por qué?...

—Porque se afligirían al oirlo.

Hacen los niños algunas veces preguntas increíbles; no se sabe qué espíritu se las inspira,

pero ello es que admiran á la experiencia y asombran á la sabiduría.

Bernarda, mirando fijamente á su madre, le preguntaba:

—¿Son buenos los señores de Llanoverde?

Magdalena, sin vacilar, le contestaba siempre:

—Sí, hija mía; son buenos, muy buenos. Á ellos les debemos el techo que nos cubre y el pan que nos alimenta, porque nosotras no poseemos nada sobre la tierra.

Ante esta respuesta se quedaba pensativa: la palabra *poseer* no encontraba sentido en la inocencia de su entendimiento. El cielo le sonreía siempre que lo miraba, la tierra se cubría ante sus ojos de frutos y de flores, su madre estaba allí para dormirla y para besarla... ¿Qué más podía desear?... ¡Poseer! ¿Qué era poseer?... No lo entendía. En la sencillez de su inteligencia, no cabían juntas la idea de poseer y la idea de morir... Si todo es fugitivo sobre la tierra, ¿qué puede el hombre poseer en ella?...

Á las horas de comer salían la madre y la hija del cuarto que habitaban, atravesando silenciosas los largos corredores de la casa. Al verlas, cualquiera hubiera inclinado la frente con respeto ante el dolor de la madre y la inocencia de la hija. Magdalena, siempre enlutada, parecía la sombra de la muerte, llevando de la mano á los primeros albores de la vida.

En el comedor se reunía la familia, y todos se sentaban á la mesa en el sitio que á cada cuál le estaba destinado. El señor de Llanoverde disfrutaba de excelente apetito, y entre sus perfecciones personales contaba con un paladar digno de un príncipe. Así es que entraba siempre en el comedor con el semblante animado del hombre que va á pasar un buen rato. Allí, en presencia de sus salsas favoritas, se acordaba de que iba á ser el último vástago de su estirpe... y, consagrando un gran suspiro á la memoria de su ilustre ascendencia, hacía por vivir... porque, después de todo, no le quedaba más consuelo que alargar la vida de su linaje alargando la suya. Se sentaba, pues, á la mesa, dispuesto á comer por dos; por él y por el hijo que, si hubiera nacido, sería el heredero de su nombre.

Acudía con la puntualidad de un estómago exacto, mostrando en el esmero de su vestido la importancia que daba al acto de hacer por la vida. Zapatos con hebillas de plata, medias de seda, calzón azul de punto, chupa amarilla y casaca verde, ambas bordadas en variedad de colores; gran chorrera, vuelecillos de encaje en las bocamangas... no había nada que pedirse. Es verdad que hacía ya mucho tiempo que aquellas prendas habían salido de las manos del sastre, y que dejaban ver los desperfectos del tiempo; pero, así y todo, no se podía dudar que el señor de

Llanoverde era todo un caballero de la corte de Carlos IV.

La señora llegaba encerrada en su basquiña de medio paso, ostentando sobre su cabeza el peinado de María Luísa; pesados pendientes de oro lanzaban á derecha é izquierda los fulgores de los diamantes de que estaban empedrados, y cada una de sus manos era un joyero cuajado de sortijas. Eugenia llegaba detrás de su madre, cubierta de encajes y de joyas, porque no quería ocultar que era ella la heredera de la casa.

En medio de este lujo, Magdalena con su túnica negra, y Bernarda con su cofia de luto, se sentaban á la mesa.

Durante la comida, el señor de Llanoverde comía á dos carrillos y hablaba por los codos. Tenía la costumbre de aprovechar esa ocasión para referir diariamente los triunfos de su juventud en la vida de la Corte. Contaba las veces que el Rey le había dirigido la palabra, y las veces que la Reina le había sonreído.

—¡Oh! (exclamaba.) Ese Godoy que tanto sueña, no es más que un intrigante....: yo hubiera sido un hombre de Estado; pero he preferido el retiro de mi casa á las agitaciones de la Corte.

Cuando decía esto, salían de los ojos de su mujer dos rayos que querían confundirlo; pero él paraba el golpe, diciendo:

—Sí, prefiero el retiro de mi casa.... Nada

tengo ya que hacer en la Corte.... ¿A qué afanarse por los honores del mundo, cuando no tengo un heredero á quien dejarle mi nombre?

La señora de Llanoverde no podía oír estas palabras sin morderse los labios, y en cuanto se servía el último plato, se levantaba de la mesa, hacía una ligera cortesía llena de dignidad, y abandonaba el comedor, retirándose á sus habitaciones. Magdalena pedía permiso, y se retiraba con su pequeña Bernarda, que, cosida á su madre, salía volviendo la cabeza, como si aquellos señores fuesen para ella personajes incomprensibles. La gravedad de su tía le causaba miedo, la seriedad de su prima le infundía tristeza.

El señor de Llanoverde se quedaba solo en el comedor delante de la mesa, y entonces apelaba á la caja del rapé, y absorbiendo con delicia el polvo del tabaco, se reclinaba sobre el gran respaldo del sitial en que estaba sentado, y entre los horrores de la digestión se quedaba dormido.



VII.

LA MUERTE.



Así transcurrieron tres años, sin que ningún suceso extraordinario alterara la paz de la casa. Bernarda crecía como crecen las flores en la Primavera, y poco á poco se fué acostumbrando á la gravedad de su tía y á la seriedad de su prima. En cuanto al señor de Llanoverde, le parecía algo más accesible, porque, aun cuando tenía también su alma en su almario y cara de pocos amigos, solía alguna vez ponerle la mano sobre la cabeza, diciéndole:

—¡Hola, señorita! Se está V. haciendo una guapa moza.

Este halago le hacía sonreír; mas el señor de Llanoverde no veía en esa sonrisa más que la complacencia que toda mujer experimenta al oír decir que es hermosa, aunque no lo sea.

Un día Magdalena no acudió á la hora de co-